

TRAICIÓN - UN VIAJE INESPERADO

(Tres primeros capítulos)

Mary Martín

marymartinoficial@hotmail.com

Mary Martín, escritora española nacida en Almería, comparte con nosotros los tres primeros capítulos de su último libro “**TRAICIÓN - UN VIAJE INESPERADO**”, de esta manera quienes estén interesados podrán contactar directamente a la autora para adquirir el ejemplar completo.

I

Un Lugar En El Mundo

No suelo pensar muy a menudo en aquel lapso de tiempo, a no ser que me encuentre paseando por la orilla del mar, en una cálida mañana de verano. En aquella época yo era una joven inocente llena de sueños, ilusiones y metas. Lo recuerdo como si todo aquello hubiese ocurrido ayer, pero de ello ya hace cincuenta años.

En esas cálidas mañanas, cuando la mayoría de la población duerme, le permito al alba que sepa que aún sigo con fuerzas. Luchando día a día para continuar mi camino.

Este relato empieza el día que me marché del orfanato, dieciocho años después del momento de mi nacimiento. (...)

Todo lo que necesitaba estaba en mi maleta, saqué el chaquetón y me lo puse antes de salir al aire libre. Desde luego, hacía frío, pero las vistas desde popa eran exquisitas: la inmensidad del mar, el vapulear de las olas contra el armazón del barco, la frigidez del viento acariciando mi cara.

Seguramente, sentada frente a una ventana estaría más resguardada, pero a su vez, le arrebataría parte del encanto. A lo lejos se escuchaba la televisión de la sala, la gente emocionada cantaba las canciones del VI Festival de Eurovisión. Todos estaban con las esperanzas puestas en Conchita Bautista.

—¡Todo a babor, arriad las velas! —gritaba el capitán, con una mezcla de angustia y desesperación.

Ansiedad, descontrol, agobio, incertidumbre, malestar, miedo... Todo esto y mucho más se respiraba en el ambiente. Me sentía bastante asustada, pues la gente no estaba guardando la compostura. Refugiarme en una zona poco transitada tampoco era de mucha utilidad.

—Por favor, mantengan la calma, no se empujen unos a otros —vociferaba uno de los trabajadores.

Con mucha paciencia y organización, los empleados intentaban subir a la gente a los botes salvavidas. La incertidumbre consiguió apoderarse de algunos pasajeros, que presos por el pánico no guardaban el orden impuesto por los jornaleros, querían ser los primeros en salir y para conseguir su objetivo, golpeaban a todo el que encontraban a su paso.

No pude evitar angustiarme, sentía cómo la impotencia, el temor y el desasosiego se iban apoderando de mí. La situación empeoraba por momentos, creando un ambiente de pánico y tensión, inquietud constante, inseguro... Poco a poco empecé a abandonarme en mis pensamientos, me atrapaban y me perdía en un profundo e intenso abismo de inseguridad y angustia.

Comencé a recordar los años en el orfanato y la soledad empezó a inundar mi corazón, sentía que me ahogaba, no podía respirar. La necesidad de correr se apoderó de mí, necesitaba alejarme de la tripulación. Sin que nadie se diese cuenta, regresé a mi camarote, en los bolsillos de mi chaquetón guardé el dinero y la documentación.

Respecto al resto de mis cosas, no me quedó más remedio que abandonarlas. Me apresuré a salir. Una vez en cubierta vi que solamente quedábamos el personal y yo. El capitán al verme, se quedó pálido, me regañó y, junto con parte de la tripulación, subí en un bote. Mientras que él y su plantilla echaron un último vistazo para asegurarse de que no quedaba nadie más.

Mientras la pequeña embarcación navegaba rumbo a la costa, eché un último vistazo atrás, desde luego las vistas que unas horas antes me parecían exquisitas, en ese momento las sentí escalofriantes. Ver como el azote de las olas va hundiendo un barco tan inmenso no resulta nada grato.

Cuando por fin llegamos a tierra firme, sentí un gran alivio, pero estaba tan nerviosa que las piernas me fallaron y me desplomé contra el suelo. Esperaba que alguien, al verme caer, se acercase a mí, pero ni siquiera me miraron.

Con las pocas fuerzas que aún albergaba mi cuerpo, me senté y me descalcé. La sensación que me provoca la arena al colarse por todos los resquicios, me resultaba realmente molesta, así que no tardé en limpiarme lo mejor que pude, y volví a calzarme. Mi ropa mojada y mis pertenencias estaban dentro de un barco hundido en el mar.

Caminé durante horas en busca de una tienda para poderme cambiar y así evitar un constipado. Después de un largo rato andando, entré en una tienda de aspecto humilde y sencillo, en la cual me atendió una señorita un tanto desagradable. Ella me gritaba y me zarandeaba de un lado para otro, hasta que me sacó de la tienda.

Un anuncio sobre la ventana de una pequeña cafetería, hizo que me parara a pensar. Tras unos segundos debatiendo conmigo misma, entré decidida a preguntar por el puesto de trabajo.

El local no era muy luminoso, la tapicería de los taburetes estaba algo raída y había cuatro mesas cuadradas con dos sillas por mesa. No vi ni un solo cliente, por lo que no entendía la necesidad de contratar a más personal. Una señora salió de lo que parecía ser la cocina y me miró de arriba abajo estudiando mi aspecto.

—Disculpe, señorita, hoy no abrimos hasta el mediodía, estamos algo escasos de personal y no podemos atender antes a los clientes.

Un tanto apurada por la cantidad de trabajo que tenía por realizar, se dio la vuelta para dirigirse a la cocina.

—Entré porque estoy interesada en el puesto de trabajo —dije a sus espaldas de forma apresurada.

Durante largo rato estuvimos hablando, la entrevista me resultó algo pesada, pero finalmente obtuve lo que quería. Además, la señora me aconsejó una posada cercana con buenos precios donde poder quedarme a dormir.

La posada que me había recomendado Livi era un lugar lleno de polvo, donde la pintura se caía de las paredes; aunque la recepción era bastante amplia y luminosa, su recepcionista me resultó muy agradable.

No tenía mucho dinero, pero como los precios eran tan bajos, pude pagar tres meses por adelantado. Una vez me cobró y me dio mi recibo, me pidió que la siguiese para indicarme el que iba a ser mi cuarto.

Sin lugar a dudas ese hostel estaba ruinoso y necesitaba un buen arreglo. Una vez habíamos arreglado todo, la señora me guió por un largo pasillo que se encontraba peor que la recepción. El pasillo era estrecho, la iluminación era escasa, la ventilación nula y la decoración inexistente. Se paró delante de una puerta, la abrió y tras darme la llave, agradecí su hospitalidad y me dispuse a investigar el dormitorio.

La habitación era acogedora, a pesar de encontrarse sucia y en malas condiciones. Nada más entrar, a mano izquierda se encontraba el baño, a la derecha había un armario, también vi la cama y enfrente una pared de madera, a cuyo lado se encontraba una estantería donde descansaba una televisión. Justo donde se encontraba la caja tonta, vi ranuras en suelo y techo como para deslizar algo, así que no tardé en empujar la pared de madera, descubriendo tras la pared una pequeña cocina eléctrica.

En cuestión de media hora llamaron a la puerta. Al abrir vi a una chica joven cargada de ropa, apoyada en un carro, esperando mi salida de la habitación.

—Hola, soy Lucía, encargada de mantenimiento. La jefa me ha dicho que esta habitación está ocupada, así que aquí estoy con la cesta de bienvenida. — Sin decir nada, me quedé pensando en la cesta de Bienvenida de la que me hablaba. ¡No la veía!

—Bueno, bueno, veo que no tienes mucho sentido del humor. No pasa nada, pero agradecería que me permitieras pasar a la habitación, esto pesa. —Comentó la chica un poco más seria.

Me aparté de la puerta y le hice un gesto para que entrara. Después, la cerré.

—Discúlpeme por mi grosería, no esperaba ninguna visita, estoy mojada y muy cansada.

—Tranquila, no tiene importancia. Bueno, a lo que venía. Livi te manda este uniforme. La jefa te manda unos útiles de limpieza, toallas, albornoz, sábanas y mantas. Más tarde te traeré unos edredones, todavía no están secos.

—Gracias, ¿sabe dónde puedo lavar la ropa?

—En el sótano tenemos una lavandería, puedes usarla siempre que lo necesites. — Lucía se marchó rápidamente de la habitación.

Limpié, me bañé y descansé durante largo rato. Con la ropa ya seca y las pilas cargadas, me dispuse a buscar a Lucía lista para conocer un poco mejor el lugar.

II

Una Esperanza para Continuar

Después de un mes en mi nuevo hogar, el tiempo empezó a empeorar. Con mi lista de la compra en la mano, medio emborronada por la lluvia, me fui a la tienda y aunque intenté evitarlo, terminé empapada.

Una vez terminé, me dispuse a salir corriendo, con la esperanza de que no me faltase tiempo para cambiarme de ropa e ir a trabajar. Justo en el momento que me disponía a abandonar el local, tropecé con una chica que estaba entrando con tan mala suerte que termine haciéndola caer en un charco y la chica quedó totalmente embarrada de pies a cabeza. Me disculpé con ella, sentía realmente todo lo que había sucedido. Para mi sorpresa, la chica se lo tomó muy bien.

Durante unos minutos estudié su aspecto disimuladamente. La chica debía de medir un metro y cincuenta centímetros aproximadamente. Tenía el pelo corto, de un negro azabache precioso, liso y suave como la seda. Llevaba unos vaqueros ceñidos con un top de color rojo. La chica me pareció muy misteriosa y con lo delgada que estaba perfectamente podría ser una modelo.

—Me llamo Drella, ¿y tú? —Dijo tendiéndome la mano.

—Abril, soy Abril —respondí ofreciéndole una amplia sonrisa a la vez que le tendía mi mano.

—Un placer conocerte, ¿sabes dónde me podría asear un poco y cambiarme esta ropa? Es que no soy de por aquí. —Al terminar ella esbozo una gran sonrisa.

El sentimiento de culpabilidad me inundaba, por mi error la pobre Drella estaba empapada y podía pillar un catarro. No lo pensé ni un segundo y la invité a casa. Aún hoy en día sigo sin comprender por qué me fie tanto de ella si no la conocía de nada. Parecía muy buena persona, su comportamiento era francamente agradable, tenía un algo que me impedía desconfiar. Físicamente me recordaba a Susana mi mejor amiga del orfanato.

Fuimos en su coche hasta la posada, donde mientras ella se aseaba, yo me cambiaba para ir al trabajo. Le ofrecí quedarse en lo que yo volvía de trabajar, pero en vez de eso me acercó en su coche para que no llegara tarde.

En una mesa apartada y casi en penumbra Drella pasó toda la tarde, esa chica misteriosa sacó un libro de su bolso y pidió un café.

En una mesa apartada y casi en penumbra Drella pasó toda la tarde, esa chica misteriosa sacó un libro de su bolso y pidió un café. Esa actitud empezó a impacientarme y aunque mi intuición me advirtió sobre ella, decidí no hacerle caso.

El aroma a lavanda y hierbabuena me hizo bajar de mi nube y centrarme en cocinar. Por suerte nadie se había dado cuenta de que andaba perdida en mis pensamientos.

Una vez que la clientela se redujo, regresé a mi habitual puesto de trabajo: servir mesas y limpiar. No es que me resultara el mejor trabajo del mundo, pero me permitía pagar las facturas.

Mientras limpiaba una mesa, observé detenidamente a Drella. Me parecía callada y tenía más o menos mi edad. Sin levantar la vista de su libro, tomaba su café con tostadas. Desde mi posición, no pude observar el título de ese libro. Ella, parecía inmersa en su lectura.

Tres horas más tarde, Drella se levantó de la mesa, pagó su consumición y se marchó sin ni siquiera decir adiós. Una vez que terminé mi jornada, me marché a pasear un rato por los alrededores.

A las afueras del pueblo todo era hermoso: los campos verdes invitaban a tumbarse sobre ellos y observar el atardecer, el aroma de las flores provocaba una gran sensación de relax y confort. A pesar de que la lluvia no cesaba, tumbada en esos verdes prados me sentía muy a gusto y relajada.

Al caer la noche, sentía como si las extremidades de mi cuerpo se hubieran adormecido. Con rumbo fijo hacia la posada, caminé con la sensación de relax y desasosiego de hacía unos momentos.

En medio de la oscuridad, vislumbré una confusa silueta. Al acercarme vi que era Drella, así que me aproximé un poco más hasta ella, consiguiendo que me echara una mirada fulminante. Por un momento decidí pasar de largo, pero el cargo de conciencia no me permitía marcharme sin más, así que regresé sobre mis pasos.

—¿Por qué te portas así conmigo cuando no he hecho más que intentar ayudarte? Cuando te tiré al charco sin querer pareció que no te molestó.

—Perdona, no he tenido un buen día. No es tu culpa, tienes razón. Lo que pasa es que en la posada no me dan sitio y me va a tocar pasar la noche en el coche.

—Bueno... —Mi conciencia siempre había podido conmigo. —Si quieres puedes quedarte en mi habitación. No es muy grande, pero al menos estarás más cómoda que en el asiento de tu auto.

—Si no es mucha molestia... me encantaría.

Caminando decididamente en nuestra dirección, se acercaba la dueña de la posada con la mirada encolerizada y fija sobre Drella. Se paró ante nosotras y, sin vacilar ni un solo instante, empezó a hablar.

—Te he dicho hace un momento y te repito: para ti no hay habitación en este establecimiento. —Comentó la propietaria de la posada proporcionándonos una acogida gélida.

—Tranquila, es mi amiga y pasará la noche en mi habitación. —comenté en tono conciliador con la esperanza de conseguir destensar un poco el ambiente.

—He dicho que esta muchacha no duerme aquí. —reiteró tajantemente.

—Pues lo siento mucho, pero pasará la noche en mi habitación, tengo todo el mes pagado y no me puedes prohibir que tenga visita. Y una de dos, o me echas a mí también, claro, con mi dinero de vuelta y mi correspondiente indemnización, o subimos a dormir.

—De acuerdo, si es tu decisión, pasado el tiempo que tienes pagado, os quiero a las dos fuera de mi establecimiento. —Dicho esto se marchó.

Sin más preámbulos y con paso decidido, subimos las escaleras hacia mi habitación me sentía tan enfadada que, si hubiese podido, habría destrozado toda la posada y no habrían quedado de ella ni los cimientos. Al darme la vuelta vi que Drella estaba un poco apenada, pero me sentía tan ofuscada en ese momento que no quería hablar con nadie.

Durante un buen rato me mantuve en silencio y se respiraba un ambiente un poco tenso.

—Gracias, no me conoces de nada, pero aún así me ayudas.

—Despreocúpate, me pareces buena persona y no creo que sea justo que pases la noche en la calle porque una vieja loca no quiere que duermas en uno de sus cuartos que encima están llenos de mierda.

Con el coraje aún en el cuerpo, junté todas las cosas que me había prestado la dueña de la posada y bajé las escaleras a toda prisa. Al comienzo de la escalinata, la encontré limpiando los muebles que estaban aquí y allá a lo largo del pasillo.

Al verla le dirigí una mirada cargada de ira y rabia, ella apartó los ojos. Continué bajando las escaleras y dejé todo lo que me había prestado sobre uno de los escalones. Sin mediar una sola palabra regresé a mi habitación.

III

Nuevas amistades

Por norma general tengo costumbre de despertar después de escuchar el despertador. Pero en esta ocasión gracias al aroma a: Tostadas, tortitas, leche hervida... y un hambre voraz, terminé despertando a horas intempestivas. Drella había preparado el desayuno, lo que me pareció un bonito detalle por su parte.

—Buenos días, ¿dormiste bien en el sofá?

—¡Sí Gracias!. Es bastante cómodo —Dijo Drella mostrando una gran sonrisa mientras seguía preparando el desayuno.

—¿Cómo te has despertado tan pronto?

—Quería agradecer tu amabilidad preparándote el desayuno. Además estoy acostumbrada a madrugar —Me ofreció una sonrisa. Tras carraspear, lanzó una pregunta muy directa —El mes que viene ¿nos iremos juntas o cada una por su lado?

—A mí me da igual, si quieres podemos viajar juntas. —Dije mientras devoraba unas tortitas.

—Por mí estaría genial —añadió entusiasmada a la vez que se sentaba en la mesa para desayunar.

—Vale, pues en eso quedamos, pero ahora me tengo que ir a trabajar.

En la chimenea el fuego chisporroteaba lentamente. El viento abría y cerraba la puerta principal, mientras el bullicio de las conversaciones se mezclaba. Intenté ser agradable y sonreír, pero esas miradas lascivas me impedían poner buena cara. La impotencia por no poder defenderme brotaba por cada uno de mis poros. Livi había cargado demasiado la bandeja con la que yo atendía las mesas, por lo que sentía que el brazo no iba a aguantar tanto peso.

Mientras estaba dejando todo sobre la mesa tres, Carlos, uno de los clientes situado en la dos, muy conocido en el pueblo por sus escarceos amorosos, me tocó el culo sin ningún miramiento. No pude aguantar tal acoso, me giré hacia él cabreada y comencé a gritarle. Livi caminó directa hacia mí echa una furia.

—Pero niña, ¿qué te crees que estás haciendo? —me gritó muy nerviosa —Tienes que respetar a mis clientes y ser más amable con ellos.

—Que me respeten ellos primero, que sean clientes no les da derecho a nada sobre mi persona. Y que yo sepa, este no es un bar de tetas, ¿o sí? —Estas palabras las dije de tan mal humor que Livi me lanzó una mirada cargada de rabia.

—¡No, por supuesto que no! Este es un local decente, pero nada te da derecho a tratar mal a uno de mis clientes. —Dijo Livi intentando hablar relajadamente.

—Si así están las cosas, quédate con tu cliente, yo me largo de este local.

—Niña, tienes un contrato que cumplir conmigo.

—Me da igual, señora. Tengo mi dignidad, y eso ni se compra ni se vende.

Dicho esto, me marché del bar sin esperar una respuesta por parte de Livi. Caminé hasta las afueras del pueblo. Durante largo rato estuve tumbada sobre la hierba, con la mente en blanco, sin pensar en nada. Ya más tranquila, me marché a casa.

Sumergida en mis pensamientos, sin advertir hacia donde iba caminando, terminé por llegar a la propiedad de Carlos, el cliente por el que había perdido mi trabajo.

No sé ni cómo ni cuando se acercó, me puso un pañuelo en la boca y me atrapó entre sus brazos, haciéndome imposible escapar, a pesar de que estaba usando todas mis fuerzas para ello.

Desconozco cuánto tiempo estuve inconsciente, ni qué sucedió durante ese lapso de tiempo. Solo sé que desperté en una habitación, amordazada y amarrada. Él estaba sentado en una silla observándome.

—Al fin despiertas, mi amor.

-No dije nada, ni siquiera lo miré, pero sus ojos de psicópata me provocaban un inmenso terror. Se acercó a mí, sujetó mi cara entre sus manos y me obligó a mirarlo. Lentamente me quitó la mordaza y me soltó. Intenté escaparme de nuevo, pero al acercarme a la puerta estaba cerrada con llave.

Su risa descontrolada me ponía muy nerviosa y me asustaba.

—¿Pensaste que te ibas a escapar? —dijo sonriendo a la vez que se quitaba el pantalón.

Tiró fuertemente de mi brazo, me empujó contra la cama y se echó sobre mí. Rasgó mi camisa y desabrochó el pantalón. Forcejeé y grité con todas mis fuerzas, le di una patada que momentáneamente me permitió alejarlo de mí. Acto seguido le fui lanzando todo lo que tenía a mano, afortunadamente logré golpearlo y dejarlo medio aturdido.

Aproveché para intentar escapar por la ventana, sin vacilar un solo instante salté a pesar de que me encontraba en un segundo piso. Al llegar al suelo, noté como mi tobillo se fracturaba, caí al suelo dándome de bruces y sufrí varios rasguños.

Sin hacer caso al dolor, corrí lo más rápido que pude hasta que llegué al pueblo. Allí me encontré con Drella.

—¿Qué te ha pasado? —Dijo mi amiga asustada.

—Carlos ha intentado violarme, he escapado por poco, pero creo que me he roto el tobillo.

Sin poder parar de llorar, me dejé guiar por Drella. Fuimos a la posada, me cambié de ropa mientras ella recogía nuestras cosas. Juntas nos fuimos al coche, me llevó al hospital y una vez que me revisaron, tuve que ir a la comisaría a poner la denuncia.

Al salir decidimos marcharnos del pueblo, el momento había llegado. Me despedí con nostalgia de todo aquello: los verdes prados, los frondosos árboles, las humildes casas...

—¿Por qué viniste a este pueblo? ¿Fue por algo en especial? —le pregunté durante el viaje.

—Pues ni sí, ni no. Vine huyendo de Alejandro, mi ex-novio.

—¿Huyendo! ¿Por qué? ¿Es que es un tipo peligroso?

—No, pero discutimos porque es muy celoso. No quiere que vea a nadie, no le gusta que salga sola a la calle, ni que tenga amigos... En un principio lo llevaba bien, pero cuando me ordenó hacer las maletas porque nos marchábamos a vivir a Argentina sin importar lo que yo quisiera, la gota colmó el vaso y me largué.

—¿Y no sabes por qué motivo se comportó de ese modo tan de repente?

—No. Como te digo, no dio explicaciones, se limitó a dar órdenes.

—¿En qué trabaja tu ex-novio, si no es demasiado preguntar?

—Es cantante pop. Es muy famoso en México, pero en el resto del planeta casi no lo conocen.

—Tienes alguna foto para ver si me suena? Soy aficionada a las telenovelas, así que quizás...

—Sí, claro, mira. Es muy guapo, pero también es muy imbécil.

—Claro que lo conozco. Salió en una de mis telenovelas favoritas —Le devolví la fotografía.

—¿Y a ti qué te trajo a este pueblo?

—El destino, vivía en un orfanato. Cuando llegué a la mayoría de edad me echaron a la calle. Con el dinero que había logrado conseguir, me subí a un barco que me debía de haber llevado al Reino Unido, pero hubo un accidente y terminé aquí.

—¡Vaya! Tu vida tampoco ha sido fácil.

—No

IV Viento primaveral

Veinte días más tarde la temperatura empezó a subir, se visualizaban los primeros brotes, lo que indicaba que la primavera se acercaba. En breve, todo estaría lleno de color y fragancia. Realmente había sido una pena tener que abandonar el pueblo, nos perderíamos la floración de todas las plantas de aquella zona.

Nosotras aún seguíamos nuestro viaje en coche, sin terminar de decidirnos por ningún pueblo en concreto. Pero tenía la esperanza de que el próximo sitio en el que paráramos fuese todo tan bello como en ese lugar, con la diferencia de que esperaba que todo nos fuera mejor.

Cerca de las dos del mediodía llegábamos a un bar de carretera. El lugar era bastante bonito y estaba todo decorado con preciosas flores frescas, colocadas en unos jarrones muy sencillos, pero a su vez elegantes.

De pronto Drella me gritó:

—Abril, mira, es Andy —Intenté calmarla y le pregunté quién era ese chico. Ella me contó que Andy era un amigo de la infancia, del cual siempre había estado enamorada en secreto.

—Fue mi primer amor —comentó con muchísima dulzura en cada una de sus palabras.

(...)

Si te está gustando la historia y quieres seguir leyendo puedes adquirirla tanto en papel como en digital en amazon para más información y conocer más puntos de venta puedes hablar con la autora (marymartinoficial@hotmail.com).

Para mayor información sobre la autora, así como la lectura de otros escritos suyos, invitamos consultar su página oficial y blog:

"Sueños de Papel y Tinta"

<http://suenosdepapelytinta.blogspot.com.es/>

"Cumpliendo un Sueño"

<https://www.youtube.com/user/CumpliendoUnSueno>